



2012-2022

Edición número cuatrocientos ochenta. Año 10.
Caracas, 30 de septiembre de 2022
REVISTA GRATUITA

ANIVERSARIO

EDICIÓN 480

CONSEJO EDITORIAL

Carmen Teresa Meléndez
Roberto Malaver
Mercedes Chacín

DIRECTORA

Andrea Quiñones Rubio

EDITORA JEFA

Azurduy Tovar Lozada

DIRECTORA DE ARTE

María Isabel Guerrero Úzcátegui

DIAGRAMACIÓN

Engels Marcano

COORDINADORA 2.0

Yanira Albornoz (†)

REDACCIÓN

Marlon Zambrano
María Eugenia Acero Colomine
María Alejandra Martín

FOTOGRAFÍA

Michael Mata
Alexis Deniz

ILUSTRADORES

Erasmo Sánchez
Justo Blanco
Astrid Arnaude
Jade Macedo

CORRECTORES

Xiomara López Jiménez
Jesús Benjamín Farías

ASISTENTE EDITORA JEFA

Yubiri Hernández Sánchez

WEB Y REDES

Enyeli González

COLABORAN EN ESTA EDICIÓN

Ana Cristina Bracho, Mónica Mancera, Natchaieving Méndez, Nebai Zabala, Nathalí Gómez, Andrea Quiñones Rubio, Niedlinger Briceño, Rocío Navarro, Maythe Morales, Clodovaldo Hernández, Rodolfo Porras, Gerardo Blanco, Gustavo Mérida, Jesús Benjamín Farías, Reinaldo González, Pedro Delgado, Engels Marcano, Javier Campos.

Fotografía de portada: Michael Mata

Diseño de portada: Engels Marcano

REDES

www.epaleccs.info

✉ revista.epaleccs@gmail.com

🐦 @epaleccs

📷 @epaleccs

📘 Épale CCS

Comercialización y Ventas:

0212-8080323/0426-5112114

Distribución: 0212-8085843

Depósito Legal: pp201202dc4166

Una publicación de la



Premio Nacional de Periodismo
“Simón Bolívar”, 2014, 2015 y 2017.

Premio Municipal de Periodismo
“Guillermo García Ponce”, 2014.

Premio de Periodismo Aníbal Naoza, 2018.

CONTENIDO

03. - Editorial

- *Poesía Caracas indómita*

04. - *La Cota Mil en domingo*

- *Entre Maracay y Caracas mi lugar favorito era la UCV*

05. - *Estaba una guacamaya, sentada en su chaguarama*

- *La Sucursal del cielo*

06.- *Rincones que son corazones*

- *Si veinte años no son nada...*

07. - *Medina: veterinario ejemplar*

- *Recicladores*

08. - *Galería fotográfica*

- *Al ritmo de la ciudad*

10. - *Cuartel Rafael Urdaneta*

- *Del saludo más común al viaje en crónicas*

11.- *Las Ánimas de hoy*

12. - *La canchita de Pedro Camejo*

- *La Ceiba*

13. - *Biblioteca Nacional: un espacio con millones de letras*

- *Ciudad de la enseñanza-aprendizaje, la Ciudad Universitaria de Caracas*

14. - *Entonces, una revista*

15. - *La ola del Waraira Repano*

- *Disfrutar en Caracas*

16. - *Del Silencio pá la Silsa por El 23*



MANCHETA

«
**Década
cronicada**
»

Todas esas personas que han
puesto su granito arena para
alcanzar los 10 años. ¡Gracias!

ta fino

EDITORIAL

La *Épale CCS* 480 es la referencia de una Caracas cronicada, en sus 10 años de aniversario. Para su edición especial decidimos muchas cosas y al final quedamos en que cada persona que estuvo y está en la revista escribiera sobre elementos, personajes, lugares que hablan de ella porque simplemente la habitan y eso la enriquece. Los invito a pasear a través de la lectura por estos hermosos lugares cotidianos.

Con mucho amor les regalo el poema, *Caracas Indómita*, inédito para esta edición, donde conecto con el sentir caraqueño de quienes a veces la transitamos a pie. La poesía no se explica, se siente y se disfruta.

Nebai Zabala escribió por mucho tiempo en *Épale CCS* con la columna *Visiones Liberadoras*, ahora esta maracayera que estudió en la UCV nos cuenta lo significativo de la casa de estudios. En esta misma dinámica, Mónica Manceira, quien nos deleita semanalmente con la columna *En Foco*, nos muestra lo significativa que es la Ciudad Universitaria como símbolo caraqueño.

Clodovaldo Hernández, columnista de *Trota Ccs*, insiste en que movamos el cuerpo, caminemos. Nos muestra una Caracas desde el encuentro y la reconciliación llevándonos de paseo a la Cota Mil.

María Alejandra Martín es una de nuestras redactoras de planta. En esta edición escribe sobre las guacamayas, que no solo pasean por los Palos Grandes y otras zonas del este caraqueño. Ellas nos visitan en la Plaza Bolívar y gran parte del oeste caraqueño. Jesús Benjamín Farías trabaja en la revista como redactor y es Premio Nacional de Dramaturgia. Aquí nos deleita con una crónica perfecta de la primera visión de Caracas por un hombre que viene del interior del país.

Rocío Navarro es columnista de *Bitácora Sonora*; en esta edición sale de su zona de confort para Disfrutar en Caracas con muchos datos de sitios que habitan en su memoria y actualmente.

Nathali Gómez es otra de las columnistas que sale de su zona de confort. La leemos semanalmente con el *Rumor de las bolas* y el *Minimanual*, esta vez nos muestra la belleza de “la ola que vino de lejos”, nuestro Waraira Repano.

Maythe Morales escribe cada quince días la columna *Almanimal*, esta vez dedica su espacio al Dr. Alfonso Medina, veterinario entregado a la humanización de esta carrera y darle dignidad, calidad de salud a los animales y respeto a quien los cuida.

Marlon Zambrano, redactor de la revista nos habla de los personajes que buscan los desechos de la ciudad para convertirlos en elementos útiles.

Niedlinger Briceño, quien comenzó escribiendo en 2018 *Soberanías Sexuales* y toma como referencia a la propia revista que es hija de *Ciudad CCS*, como un referente personal y colectivo. Rodolfo Porras, dramaturgo que escribe cada quince días *Trama Cotidiana* también habla de *Épale CCS* como un punto de encuentro del diálogo cultural.

Pedro Delgado nos remonta de 1938 a 1978 con su crónica del Cuartel Rafael Urdaneta, diseñado y construido en tiempos del General Eleazar López Contreras. Allí nos relata su infancia y otras épocas transitadas por la memoria de este emblemático lugar.

El querido por todos, Reinaldo González, conocido como *Peluche*, fundador junto a Mercedes Chacín de la revista, nos brinda un paseo por una conocida Esquina de las ánimas de Caracas, a través de su crónica.

Si viviste en un barrio, en una urbanización, en un pueblo, en una ciudad, alguna cancha conociste. Gerardo Blanco, Premio Nacional de Periodismo en Deportes y columnista en nuestra revista de la *La vida es juego*, nos escribe sobre la cancha de Pedro Camejo, punto de partida de todas sus aventuras deportivas.

Ana Cristina Bracho, columnista de *Mejor ni te cuento* es una abogada, poeta y escritora que sabe conjugar la añoranza con la esperanza, en una crónica que también nos habla de una esquina, la Ceiba.

En el equipo de *Épale CCS*, Engel Marcano, diseñador y diagramador es uno de los últimos en integrar este combo Epalero. Quiso participar con una de las casas más importantes de Caracas, la

Biblioteca Nacional, no se pierdan cómo este diseñador seduce con la palabra.

Gustavo Mérida, quien tiene un amplio recorrido en la revista, comienza como redactor, luego como asesor editorial. Nos cuenta sobre este espacio donde convergemos.

Natchieving Méndez, quien escribió hasta hace unos meses su columna *Swing Latino*, nos echa el cuento de cómo se siente una de las rutas del oeste de Caracas. ¿Quién que viva o visite Caracas no ha transitado desde el Silencio a La Silsa, aunque sea para ir a La Guaira?

María Eugenia Acero es una de las redactoras que completa el trío de nuestra redacción. Ella nos lleva a viajar por espacios donde le ha tocado hacer vida y conocer los tesoros y contrastes en nuestra capital.

Me despido feliz, plena, llena y contenta de haber asumido durante dos años y medio (en plena pandemia) la dirección de esta revista, donde aprendí a volar con “una rara ave del periodismo venezolano: culta, popular, valiente, cercana, divertida, que es voz de quienes no han tenido voz en este país” palabras textuales de nuestra querida María Centeno.

Agradezco principalmente y de manera infinita

a Mercedes Chacín por permitirme adoptar a su irreverente hija *Épale CCS* sin conocernos, por darme la oportunidad de indagar en el periodismo, hacerme diariamente una periodista de oficio. Me quedo con lo bueno y con las ganas de seguir trabajando acá desde el espacio de la entrevista. Le doy gracias al equipo de la revista y del periódico *Ciudad CCS*, con el que inicié y con el que le dejo, ahora a cargo de la nueva directora Niedlinger Briceño, quien fue editora de la misma y sé que logrará que siga siendo una publicación sin desperdicio.

Épale CCS continúa al ritmo del guaguancó caraqueño. ¡Larga vida a *Épale CCS*!

Andrea Quiñones Rubio
Directora.

CARACAS INDÓMITA

POR **ANDREA QUIÑONES RUBIO**
• @ANDREAQUINONESRUBIO

*Caracas no está dormida
Caracas indómita y flexible
ancestral y moderna
absurda y perfecta
mar de luces en las faldas
selva de cemento en las raíces
alma en vuelo.*

*Transitamos en el flow
ardiente de la calle
el guaguancó del deseo
A veces somos la competencia
de las trabajadoras sexuales
el blanco de los delincuentes
el mercado del dealer
confidentes del brindis
espectadores de la hierba
inspiración de los piropos
machistas
feministas
lésbicos.*

*Quienes la habitamos somos los
ilustrados de la rabia y del amor
Me repregunto nuevamente ¿cuánto
amor hay contenido en estos lugares
de una Caracas amorosa y hostil?
Caracas la perfecta imperfecta
Embriagada de murmullos
Embetunada de secretos
Caracas lasciva
Caracas, donde nada está perdido.*



FOTOGRAFÍA **ALEXIS DENIZ**
• @DENIZFOTOGRAFIA

Entre Maracay y Caracas mi lugar favorito era la UCV

POR **NEBAI ZAVALA GUEVARA** • @NEBALUN
FOTOGRAFÍA **MICHAEL MATA** • @REALMONT0

Si me ponen a elegir lugares, símbolos o patrimonios de Caracas para escribir un artículo viendo la ciudad a través de la memoria emotiva, aclaro que caraqueña no soy, por ende mi mirada afectiva de la ciudad es correspondiente a ciertas etapas de mi existencia. Nací en Maracay, estado Aragua, aunque mi vida transcurre entre Maracay y Caracas, viviendo en la megalópolis por un tiempo, y en mi ciudad pueblo por otro.

Tuve muchos miedos a los veintiún años cuando me fui a estudiar Artes en la Universidad Central de Venezuela en Caracas. El inicio de mi adultez hizo que me revelara ante mi mamá y papá, pude dejar Agronomía e iniciar los estudios de la carrera de Teatro. Lo único que me salvó ante la familia fue permanecer en la misma universidad. La UCV es un lugar especial, significativo, de valor artístico y sentimental para mí, espacio físico y simbólico de aprendizaje, más allá de lo académico. Crecí y empecé a crear según los nutrientes que me alimentaron en ella: mis profes, mis compañeras y compañeros de humanidades, bibliotecas, sótanos, auditorios donde hacíamos teatro; la Tierra de nadie, el rectorado, y espacios como el Teatro Universitario, Piso Rojo, el Chichón, la Trapatiesta, Mundanza, la Sala de Conciertos y el Aula Magna eran mis mejores sitios.

Aprecio y recuerdo también al campus universitario de Maracay, donde por meterme en el departamento de Cultura, terminé en el Teatro Universitario TUM y de allí, putuplúm, directo al campus de la UCV en Caracas. Era 1994, la ciudad era muy diferente a la actual, llegué en un momento álgido y significativo políticamente, se sentían los cambios, su efervescencia. Participé en dos grandes marchas para revocar El Proyecto de Ley donde se privatizarían todas las universidades públicas.

Entre marchas, creaciones artísticas, Festivales Internacionales de teatro, mis rutas habituales (culturales) pasaban por Parque Central, el Laboratorio Ana Julia Rojas, la Cinemateca, museos, el Teresa Carreño, Rajatabla (sala y café), Ateneo de Caracas (hoy UNEARTE), Parque Los Caobos, la UCV y el Teatro Luis Peraza. Así pasé mis veintes, andando por la ciudad capital, con una sensación de máximo esplendor creativo y educativo, hasta que en el 2007 cuando regresé a mi ciudad natal, con el propósito de formar una familia -a veces cuando una se enamora y pierde la ruta trazada-, quedó para luego graduarme.

Hoy después de volver a vivir en Caracas ya graduada y con mi hijo, me alegra recordar las vivencias de mi joven adultez, cuando disfrutaba caminar entre las 164,2 hectáreas (cifra tomada de la página Web de la UCV) del campus y habitar este lugar inspirador con arquitectura de Carlos Raúl Villanueva. Yo leía bastante bajo una matica de un araguaney entre el Pastor de Nubes, los murales, esculturas, vitrales y el reloj de aquellos tiempos en la UCV. ■



La Cota Mil en domingo

POR **CLODOVALDO HERNÁNDEZ** • @CLODOHER
ILUSTRACIÓN **JADE MACEDO** • @JADEGEAS



Hay sitios de Caracas que tienen su atractivo permanente, pero adquieren un encanto especial ciertos días a ciertas horas. Hablo, por ejemplo, de la avenida Boyacá o Cota Mil.

Genuina arteria vial -más allá de la muletilla periodística- es de verdad útil para el endiablado tráfico capitalino, y es bella, pues toma prestada la hermosura del Waraira Repano y se vale de su altura para ofrecer lindas vistas de la ciudad.

Esas virtudes cotidianas se potencian y consiguen un brillo especial los domingos entre las seis de la mañana y la una de la tarde, cuando a la arteria le ponen unos torniquetes y la cierran al tránsito de automóviles. Entonces, la Cota es territorio de caminantes, trotadores, corredores, ciclistas, patineros y patinadores de todas las edades.

Gente muy exigente dice que no le encuentra el sentido a pasear por una carretera, pero quienes gustan de hacerlo saben que la Cota es mucho más que eso, sobre todo por ser la frontera de la urbe con su serranía. La temperatura, los olores y los colores campestres invaden la cinta asfaltada en una interacción muy peculiar para los urbanitas prisioneros de la ciudad.

Andar un domingo por la Cota Mil es un acto de reconciliación y de reencuentro del habitante de Caracas con la cordillera a la que estamos casi siempre de espaldas. Ese enorme ser vivo parece decirnos: “¡Acércate, que no muerdo!”, y no creo equivocarme si con esas visitas han comenzado amores mucho más profundos, pues son muchos los que experimentan la necesidad de seguir ascendiendo, más allá de los mil metros sobre el nivel del mar, tomando alguno de los muchos senderos del parque nacional.

La Cota el domingo temprano huele a naturaleza abierta, a rocío mañanero, a sol que empieza a calentar. Se detiene uno a mirar la ciudad y saborea cierta satisfacción de gente madrugadora que tiene el privilegio de presenciar un espectáculo del que se pierden los dormilones.

La Cota a media mañana dominical ya está llena de gritos infantiles y de las enérgicas demostraciones de los deportistas. El sol comienza a hacer de las suyas, forjando bronceados urbanos para ser lucidos en la semana.

La Cota en horas del mediodía, ya con clima de playa seca, sigue bullendo de gente agotada pero feliz, recargadas las baterías con esa dosis concentrada de turismo sin salir de la ciudad.

Luego de la una de la tarde del domingo, la Cota vuelve a ser la carretera perimetral de bellos paisajes, el balcón de la imponente ciudad llena de contrastes sociales. Hasta el siguiente domingo. ¿No es eso lo que llaman un sitio mágico? ■

Estaba una guacamaya, sentada en su chaguarama

POR **MARÍA ALEJANDRA MARTÍN** • @MAYLARROJA • ILUSTRACIÓN **ASTRID ARNAUDE** • @LOLOENTINTA

Caracas abre sus brazos de valle recibiendo a todo aquel. En nuestra tradición es esa la lectura de muchos quienes la viven y hablan de su bondad.

Es el caso también en la modernidad de las guacamayas, que según los estudiosos de la biología venezolana dicen que son resultado de que tu familiar creyera que era un buen gesto comprar una guacamaya enjaulada y traértela a la ciudad.

La venta de fauna silvestre y el abandono de estos animales resulta en otra población del interior que adoptó la misma ciudad que tú o tus ancestros. Nuestras amigas emplumadas son oriundas del Amazonas, otras de Ciudad Bolívar, del Zulia y Barinas.

Se conocieron sobrevolando Caracas, una *Ara ararauna*, azulita con amarillo apodada Doris, oriunda de El Callao y Hermócrates del Zulia un *Ara chloroptera* mollejuo y rojito. Se casaron en la montaña, volaron en caravana con amigos por Los Símbolos y la Central, la fiesta las agarró en Bellas Artes donde vieron caer el sol antes de retornar a la casita recién hecha en una chaguarama muerta inaugurado así el vínculo nupcial.

Desde allí vivieron felices recorriendo a diario la ciudad, comiendo perdices, frutos secos y fruticas, y generando guacamayitas caraqueñas que hoy en día, de

mañana y por la tarde, ves sobrevolar, discutir y conversar, comer en cualquier balcón, restaurante y que sacan sonrisas ante el día laboral. Siempre juntas hasta que una se va, y queda la otra esperando pasando el guayabo contemplando la tarde sola en un palmar.

Hay también toda una historia de vida detrás de un hombre apodado Vittorio, residente caraqueño con una casa en Bello Monte, padre simbólico de toda una nueva generación con plumas de otros colores. Por años se dedicó a rehabilitar, cuidar y dejar en libertad a muchas especies de guacamayas de familias incapaces de entrar en empatía con el animal.

Y tan simpáticas que son las panas, que se te llegan al balcón para pedirte cambur, mandarina, martillándote el desayuno o el monchis. Hablando un dialecto casi humano, los psitácidos también tienen la cualidad de emular tu voz, y esto lo sabrá quien aún conserva en sus recuerdos al primo de esta especie, el periquito de tu abuelita que se la pasaba repitiendo: “Buenos días. Fernandiito, mi amoor, deja eso ahihi”.

Decía una bióloga que las guacamayas caraqueñas debían hablar más duro en comparación a las de otras regiones, para poder escucharse ante el ajeteo de la



cotidianidad. Que desconsiderados somos, ojalá nos detuviéramos más a escucharlas a ellas, a escucharlas, y a escuchar a la ciudad.

Diría Desorden Público: “Mira ese tumbao, se parece al caminao de Simón Guacamayo”. ■

La Sucursal del cielo

POR **BENJAMÍN FARIÁS** • @JESUSROJAS7487
FOTOGRAFÍA **ALEXIS DENIZ** • @DENIZFOTOGRAFIA

Mi primera confrontación con Caracas fue en marzo del 2006, con la Caracas vital y vertiginosa, terrible y generosa del ciudadano de a pie, fue en la estación del metro de Plaza Venezuela, por desconocimiento habíamos subido al puente que da directamente a los trenes en hora pico buscando cómo llegar a San Martín. Y atónitos, Igor Balaguer y yo miramos aquella marea de gente que, aproximándose por uno y otro lado, subían y bajaban de los trenes a la hora pico, nunca habíamos visto tal multitud de gente junta y se convirtió en un recuerdo perenne en nuestras vidas.

Nuestra ida a Caracas sucedió porque habíamos sido aceptados en el Programa PROFESER del entonces Instituto Universitario de Teatro, que muy pronto sería elevado a Universidad Nacional Experimental de las Artes. Así, durante tres años, cada quince días, viajábamos a la ciudad capital para formarnos oficialmente como licenciados en teatro. Nuestro transitar nos permitió conocer una Caracas de rostro amable, esa que va



desde la estación Bellas Artes a la plaza de los Museos, con el antiguo Ateneo hoy Unearte, el Teatro Teresa Carreño y el Café de Rajatabla como epicentro. Eran fines de semana de asistencia a obras, recorrido por los pasillos de los artesanos, los vendedores de libros y la asistencia a los museos o al parque Los Caobos.

Nuestro sitio de encuentro era el Laboratorio Teatral Anna Julia Rojas, donde trabajaba una amiga que hicimos ya desde los primeros fines de semana y que se convirtió en hermana de la vida, Karla Fermín. Junto a ella conocimos la Caracas teatral, y en la universidad tuvimos la oportunidad de convivir con gente de casi todos los rincones del país; los alegres y bulliciosos maracuchos Ricardo Lugo, Maribel Granadillo, Blanca Basabe, José Gregorio Molero, Juan Carlos Quintino, Rey Masy, alguno que otro andino como la sin par Dalia Castellanos, de los llanos y la gente de Maracay Luisa Fernanda Sifontes, Yannine Champion, Juan Martín Rivas, María Beatriz Graterol, Hans Velázquez, entre profesores y alumnos y los amigos de Valencia Anthony Dharma y Fernando Lozada.

Fueron tres magníficos e inolvidables años, en los que nos bastaba con atravesar el túnel de Turumo para encontrarnos de frente con aquel panorama de altos edificios en contraste con las casas de Petare, donde gana la velocidad de la autopista, y el sabroso clima capitalino, dándonos la bienvenida a ella; la ciudad de los mil rostros, rodeada por su cerro majestuoso y atravesada por el Guaire, la Caracas de los sueños y esperanzas, la sucursal del cielo. ■



Rincones que son corazones

POR **MARÍA EUGENIA ACERO COLOMINE** • @MARIACOLOMINE
FOTOGRAFÍA **ALEXIS DENIZ** • @DENIZFOTOGRAFIA

Lo positivo de haber vivido una época errante, fue que me permitió conocer, disfrutar y amar diferentes rincones de mi ciudad capital. Se me hace muy difícil por ello decir que tengo un solo espacio favorito de Caracas, ya que esta ciudad bendita tiene demasiados lugares especiales que nos brindan refugio. Así que procederé a comparar algunos de mis sitios favoritos.

RAÍZ

Como nació en Colinas de Bello Monte, esa zona constituye el enlace directo con mis orígenes. La actual Ciudad Banesco en realidad me trae reminiscencias de la infancia, cuando ese gran mamotreto era la tienda Sears, y lo visitaba con frecuencia en compañía de mi familia. Los extintos chinos del Palmar nos brindaron tardes felices con pollo agridulce y costillitas cuando no queríamos cocinar. La pastelería Sabrina de la Avenida Miguelangel es para mí la mejor del mundo: son los mismos dulces de toda la vida, pero la calidad y ternura se mantienen.

LAS CARAS LINDAS

Tuve la oportunidad de vivir en Catia por un año, y mi corazón quedó anclado para siempre en el Barrio Las Tres Lunas: una comunidad sencilla y tranquila que se ayuda entre sí y se acompaña en el diario trajinar de la vida. En esa zona, malandros, policías, doñas, evangélicos y vecinos en general te hacen sentir en familia, y te apoyan de manera silente sin meterse mucho en tu vida. El bulevar de Catia es un núcleo de vida y alegría donde no solo consigues de todo a precios solidarios, sino que al transitar de manera asidua terminas siendo adoptado por la comunidad. Es mucha la belleza

que se esconde detrás de las casas más sencillas y la gente más humilde.

En otra ocasión, el destino me llevó a Petare: para más señas a la zona de Paulo VI. Este sector es la frontera entre la ciudad y el campo, y en lugar de visitar un barrio, parece que estuvieras llegando a un pueblo pintoresco: hay chivos, burros, conucos y una de las vistas más hermosas al cielo. Desde allí se puede divisar el fuerte caudal del río Guaire, que emprende camino rumbo a Higueroite. Al igual que en Catia, aquí todos se conocen, se cuidan y caminan de la mano. El significado de la palabra solidaridad lo conocí en estas dos comunidades en apariencia distantes, pero similares en el corazón.

EL EPICENTRO

Finalmente, no hay zona que me haga más feliz que el centro de Caracas. Llegar a Gradillas a la redacción y compartir con mi familia de militancia me hace sentir en casa. El centro de Caracas es vida y sabor en cada rostro y recoveco lleno de historias que abrazar. A veces creo que nunca se termina de conocer bien el centro de tantas crónicas que se esconden tras el humo y el gentío.

Podría seguir enumerando muchos sitios más, pero estos cuatro lugares ocupan un lugar especial en mi corazón. Un corazón que late y palpita al ritmo de la ciudad más sabrosa del mundo. ■

Si veinte años no son nada...

POR **RODOLFO PORRAS**
COLLAGE **MARIA ISABEL GUERRERO U**



Hay espacios o definiciones en los que confluyen posturas y personajes de distintos talentos, como, por ejemplo; “El tiempo no existe”, premisa que declara un físico teórico y que argumenta en los veinte minutos que le permite su ponencia. Lo dice un filósofo post estructuralista ante el grupo de alumnos en su curso regular de doce semanas en la Sorbona. Lo afirman diletantes de mucha o poca monta. Lo meditan en su hora de relajación algunos seguidores del caducante *new age*, lo tuitean metafísicos optimistas en sus mensajes rituales de las seis de la mañana, lo balbucean borrachos aburridos a punto de terminar la noche porque los del bar se van a dormir.

¿El tiempo no existe?, expresa a manera de pregunta retórica Mercedes Chacín y Andrea la mira con su típica y leve torción en la comisura de los labios, sube los hombros restándole importancia a tal afirmación. Para ella la prueba más irrefutable de que sí existe es que casi nunca tiene tiempo para nada.

Y si el tiempo no existe, ¿cómo es que han pasado diez años desde que en los espacios abiertos del Concejo Municipal de Caracas se celebró el comienzo de Épale? Las palabras de Jorge Rodríguez entraron en concordancia con el espíritu de libertad que latía en aquel momento en toda Venezuela. Libertad de vida y de expresión: “En esa revista se puede escribir lo que sea, aunque yo no esté de acuerdo”, palabras más palabras menos, dijo quien en aquellos tiempos era alcalde de Caracas... Y el tiempo se ha sucedido.

Diez años que han albergado luchas intestinas, violencias callejeras, la terrible, triste y ladillísima pandemia. Esta década también ha sido espacio de confluencia de posturas y personajes de distintos talentos, postulados de libertad, de inclusión que han sido manejados desde los grandes medios de comunicación para convertirlos en excluyentes y opresivos. Por ejemplo, lo políticamente correcto, en donde hay proposiciones de alta convivencia y al mismo tiempo de castigo, oprobio, cancelación para el que no piense así.

Con eso también ha tenido que verse nuestra revista para que esas libertades no se conviertan en una simple vuelta de tortilla, en la que siempre habrá alguien abajo, humillado y despreciado, por no ser ni pensar “correctamente”.

Creo que de eso se trata Épale. Por ello se respira en sus artículos y demás sesiones un desenfado permanente. Épale desde su nombre y desde hace una década expele un tufito contestatario, tufito que termina siendo un refrescante y buen alimento; a veces de cocuy o ron, y otras de canela o menta... Siempre invitando a acercarse, a respirar cerca. ■



Medina: veterinario ejemplar

POR **MAYTHE MORALES** • @MAYTHE_MORALES • ILUSTRACIÓN **JUSTO BLANCO**

Hoy quiero tributar al recuerdo de alguien maravilloso que por nombre tenía Alfonso Medina. Todos los que tuvimos la oportunidad de trabajar con él y conocerlo, caemos en un punto común de encuentro: “El Doc tenía un profundo don de gente”, eso que le dicen calidad humana, pero más allá de los límites de un alguien convencional. Grandioso médico veterinario, egresado de la universidad de Michoacán, México. Este caraqueño de la parroquia Santa Rosalía, fue impulsador de las campañas de esterilización masiva mucho antes que cualquiera las hiciera, fomentando estás cómo único medio para lograr la zoonosis responsable; un tipo altamente conversador, cultísimo, profundamente inteligente, era amable con los otros y sobre todo sabía escuchar a los demás.

Siempre hablaba de la humanización de la carrera veterinaria. Si hoy él pudiese ver lo que se está fomentando en la Universidad Nacional Experimental Simón Rodríguez se sentiría feliz, pues ahí se da está carrera tal cual como la soñó, se sentiría feliz. Tenía claro el cumplimiento del deber de un médico veterinario, darle dignidad y calidad de salud a los animales y respeto a quien los cuida.

Me decía; “Maythe hay que esterilizar mucho para que no hayan animales realengos y sufriendo, es el pilar de la lucha animalista”, y; “a los animalitos de calle siempre se ayuda”, siempre hay chance para un callejero gratuito. Ese era nuestro Medina, mi amigo, mi mentor. Un orgullo caraqueño, un sabio científico, creyente de la revolución de la mente, del individuo y los pueblos. Hoy día estamos en la construcción de un centro veterinario en la parroquia Coche, el cual llevará su nombre, como una muestra de amor y respeto a este hombre que tanto hizo por la salud pública y el bienestar animal, siendo siempre piedra fundamental de este proyecto Evolution Vet que nació con su apoyo y su sabio consejo, siendo siempre infinita fuente de conocimiento y dedicación animalista. Hoy, escribiendo este texto, lágrimas de amor y ese te extraño corren por mi cara, debo agradecerte Medina el haber fomentado en mí y en muchos, el deseo de hacernos médicos veterinarios con esa capacidad crítica, efectiva, científica, plagada de deseos de hacer bien las cosas. Hasta siempre Alfonso, todos te recordamos operando en cholitas a tus amados a animales de calle, sonriendo y amando la vida. Bendigo tu recuerdo de gran caraqueño. ▀



Recicladores

POR **MARLON ZAMBRANO** • @MARLONZAMBRANO
FOTOGRAFÍA **ARCHIVO**

En los suburbios del caos, de entre las catacumbas de la sociedad de consumo, emerge triunfante la rapiña. Un instante de sondeo congelado en el cromo, un grabado de la conjunción de necesidades, exploraciones, encuentros. El destino los junta y así, conjurados por la supervivencia, hombre y animal, segregador y zamuro, separan lo inútil de lo redimible en una fiesta lúgubre, sin pirotecnia. Pero, acaso, ¿no es eso la vida? La metáfora de la utopía, andar en pos de un destino que cada vez que se localiza, se aleja.

El hombre sacia sus exigencias vitales, el zamuro su hambre, ambos confluyen en las miasmas como unos supervivientes, para luego comenzar de nuevo porque la alegría breve de los corazones rebosados (y los estómagos hinchados) es tan frívola como rendirse.

Siempre habrá exploración, con la seguridad del hallazgo. Los hombres del reciclaje escrutan y encuentran.



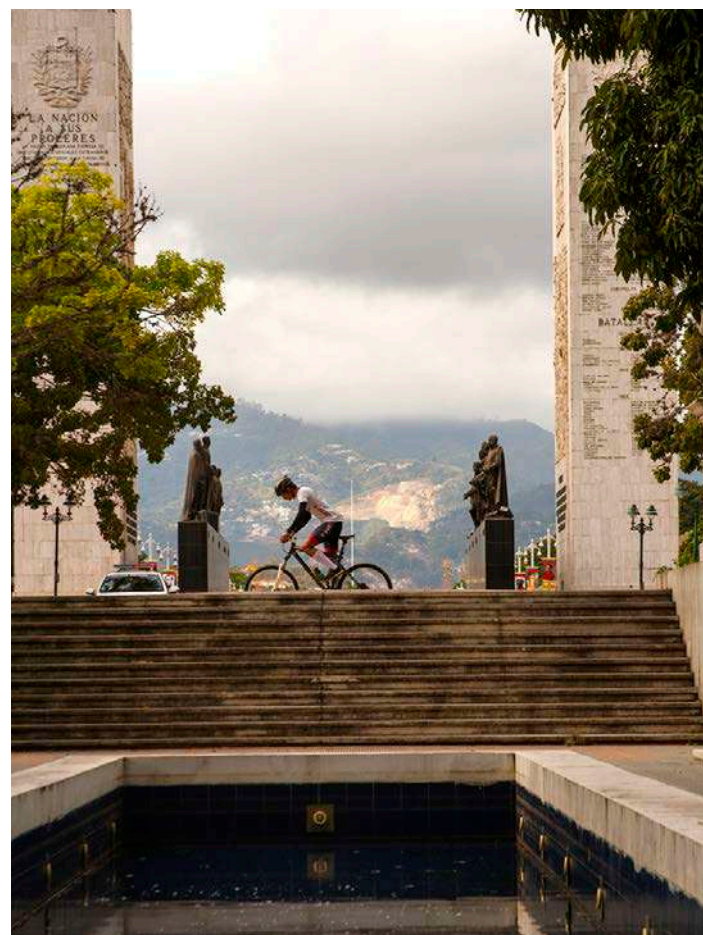
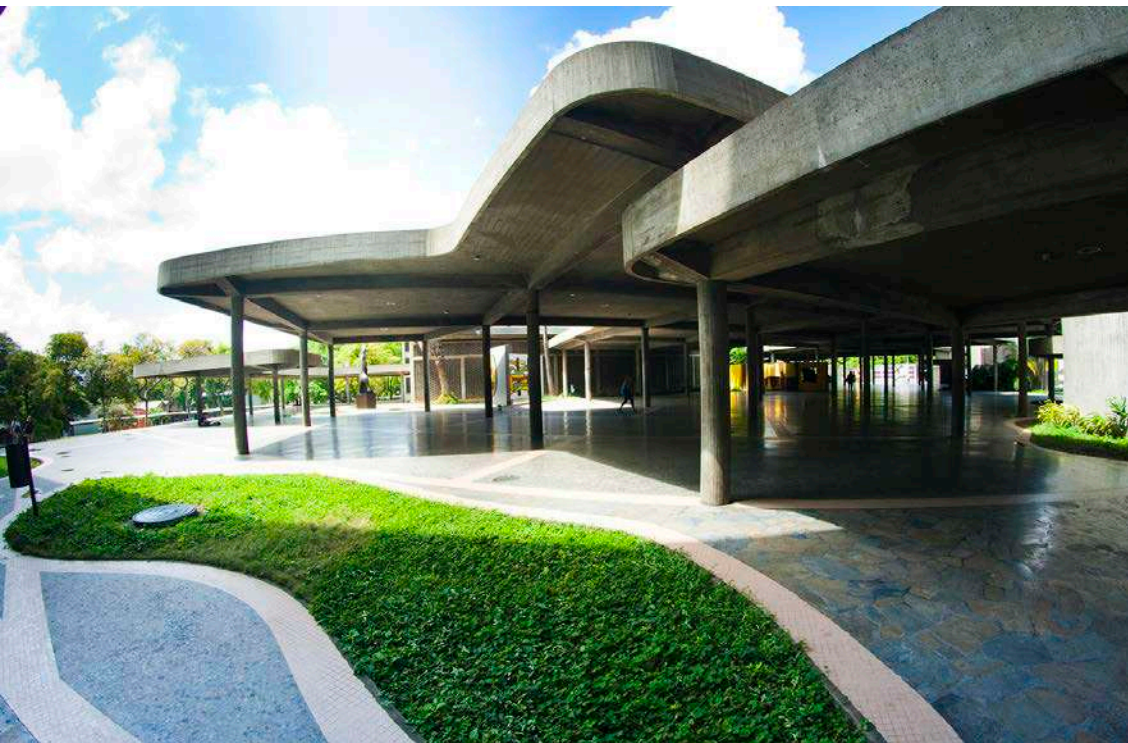
En el relleno sanitario, eufemismo que pretende encubrir el derroche palmario del capitalismo y todos sus anatemas de repositorio final de desperdicios a pocos kilómetros de la capital, conviven cientos de recicladores informales que buscan de entre la basura restos de cualquier cosa para negociar.

Es el cambalache de la subsistencia, oficio cotidiano en las metrópolis hipertrofiadas de nuestro mundo. Paradójico nombre para un mercado imposible, un no lugar donde lo que abunda es algo muy parecido a la nada: los restos de lo que no quisieron los demás, lo que no aprobó la familia para el dispendio, lo que desecharon los urbanitas aburguesados de la capital del país que desde hace 100 años despacha petróleo y contradicción.

El río es una búsqueda, el mar es un encuentro, dijo Pío Tamayo. ¿El botadero será acaso el limbo? Los hombres del reciclaje exploran entre hedores y esperanzas. Alguno habrá encontrado el maná de la riqueza sin fin, otro un maletín lleno de dólares, alguien un vino tinto sin descorchar, otro la biografía de Bolívar de Luis Perú de Lacroix aún envuelto en su plástico protector. Convergen, citados por el destino esquivo, un zamuro, decenas de hombres y toneladas de porquería en la parábola de la bonanza, dibujada como un sortilegio cruel por la urbe de oropel atrapada en una de las ciudades invisibles de Ítalo Calvino. ▀

Al ritmo de la ciudad

FOTOGRAFÍA ALEXIS DENIZ • @DENIZFOTOGRAFIA / MICHAEL MATA • @REALMONTO



Del saludo más común al viaje en crónicas

POR **NIEDLINGER BRICEÑO PERDOMO** • @COLECTIVATEJEDORA
DISEÑO DE FOTO **ENGELS MARCANO** • @DISCREAENGMAR@GMAIL.COM

Un saludo común entre las y los Caraqueños (Épale) se convirtió en viajes contados en crónicas, no solo que se viven en Caracas, sino en distintas regiones del país. Plumas destacadas y apegadas a las realidades de un país que todos los días se levanta a echarle pichón a la vaina es lo que se lee en la revista que ya no es una bebé.

Cuando empecé a leer la revista Épale CCS estaba en mi época universitaria, enamorándome de la práctica de la lectura y la escritura, enamorándome del conocimiento y de quienes lo impartían con ética y amor, ese fue el caso de Mercedes Chacín, quien estuvo en gran parte de mi camino por la Universidad Bolivariana de Venezuela y sigue siendo esa maestra del periodismo, ella misma es co-fundadora de esta publicación que llega a su décimo aniversario.

Ella misma fue la que me invitó a escribir en Soberanías Sexuales por allá en el 2018, siempre quise tener un espacio de opinión donde pudiera echar cuentos de una forma jocosa y ese fue mi primer espacio en la revista. Escribí de partos, amamantamientos, deseos, orgasmos, placer y tríos, escribí de violencias, desahogos, frustraciones, florecimientos y de brujerías.

Aprendí de crónicas con Clodovaldo Hernández, su pluma es sutil pero también afilada cuando esa es la intención. La historia de mi parto surgió de una formación guiada por este maestro que nos decía; “mientras más descriptivos y cronológicos sean en sus relatos más se acercarán a la crónica”. Ahí también conocí a la primera reportera de calle mujer de Venezuela, Carmen Clemente Travieso.

El año pasado asumí como editora jefa de esta revista caraqueña hasta diciembre, una experiencia creativa y alocada que duró poco pero que disfruté bastante. Siempre se ha dicho que una vuelve a los lugares donde ha sido feliz y estoy convencida de que es así.

Un equipo maravilloso hace parte de este contenido editorial y de la idea gráfica, unxs más jóvenes que otrxs, otrxs más creativos y cuenteros, pero todxs y cada unx de lxs que plasman sus letras en la revista Épale CCS son luz para quienes leen, para escapar del caos caraqueño de a ratitos, para politizarse de a poquito y para alimentar el alma artística que muchxs tenemos escondida.

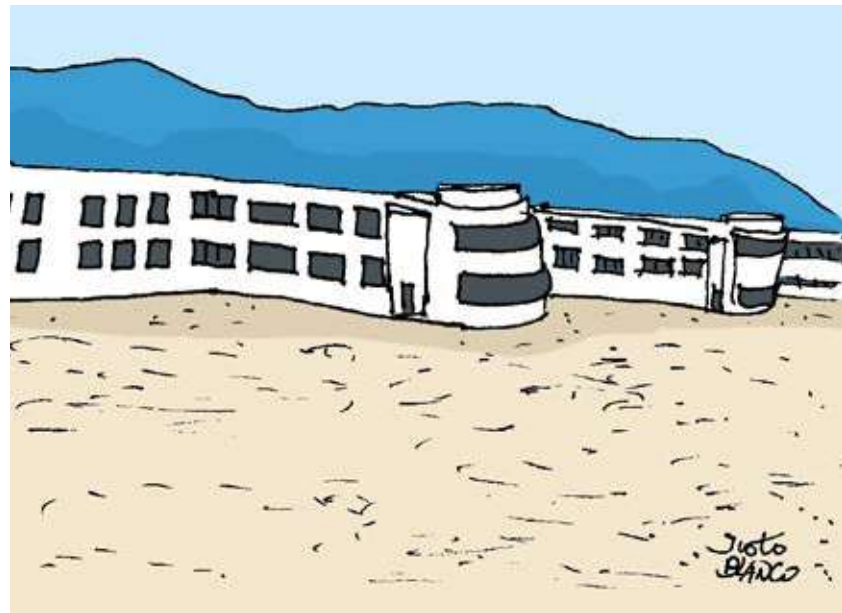
La revista es hija de Ciudad CCS, un periódico que sigue haciendo “Revolución a diario”, pero también es hija de quienes todas las semanas dedicamos un tiempito para ser parte de cada edición. Esta es la 480 y además la edición aniversario.

Por muchos años más siendo parte de este maravilloso proyecto nacido en revolución. Gracias infinitas por el amor que se traduce en la revista Épale CCS. Feliz y larga vida editorial... /



Cuartel Rafael Urdaneta

POR **PEDRO DELGADO** ILUSTRACIÓN • **JUSTO BLANCO**



Emblemática por demás, esta unidad militar terminada de edificar en 1938 bajo la supervisión del arquitecto Luis Malausena en tiempos del general Eleazar López Contreras. Limitaba por el sur con el también emblema que fue la Cárcel Modelo, Propatria, centro de reclusión principalmente para presos políticos, y reos comunes. Fue erigido el cuartel Urdaneta, cerca de unos terrenos donde a partir del 1947-48 se comenzó a construir una unidad vecinal de veredas y luego unos edificios de cuatro pisos que recibió el nombre de Urbanización Urdaneta, Catia. Albergó entre sus paredes de cemento y ladrillo a cientos de individuos de tropa y oficiales.

Por estar residenciado desde 1955, precisamente frente al cuartel, desde mi infancia fui testigo de variados episodios que la memoria ha retenido por siempre. Uno que nunca olvido es el ejercicio militar que ejecutaban en el extenso terreno que bordeaba de punta a punta la parte norte de la instalación. Entre carpas de campaña, cañones y tanques los batallones del Artillería Ribas y el Blindado Bermúdez pasaban días en poses de entrenamiento bélico que veíamos a través de la cerca perimetral. Ese era el mismo terreno de cuando estaba libre de ejercicios grandes y chicos iban a jugar beisbol, futbol, a volar papagayos, trompo, metras...

Otro episodio digno del recuerdo, la izada y arriada de la bandera nacional al frente de la puerta principal los domingos de cada semana, a las 6 am y 6 pm respectivamente a ritmo de himno y retreta presenciado con mucha atención. Tiempos del presidente Pérez Jiménez, pues.

Difícil olvidar los días de enero cuando la caída del general y la emergencia que tuvimos que vivir por el estado de sitio. Racionados de comida, casi sin poder salir y arrastrándonos por el piso, sobre todo por las noches. Todo aquello hasta que pasó lo ya sabido. La zozobra continuaría luego cuando los tiempos del “disparen primero y averigüen después” en la época del presidente Rómulo Betancourt y la resistencia revolucionaria batallando duro desde los bloques de Lomas de Urdaneta, construidos en 1954-55. Tuvimos la ocasión de oír la metralla y ver largas columnas de personas bajadas por los soldados al son de culatazos y peinillazos desde los bloques por orden del rrrregimen.

El 18 de abril de 1978, a punta de explosivos fue demolido el Cuartel Rafael Urdaneta para dar paso a los talleres y estacionamiento del Metro de Caracas. Paz a sus restos. /

Las Ánimas de hoy

POR REINALDO GONZÁLEZ • ODLANIEROO
ILUSTRACIÓN ERASMO SÁNCHEZ

Por muchos es sabido que los nombres de las esquinas de Caracas nos remiten a personas, situaciones o usos que, en algún momento de la vida —o la muerte— de la ciudad, estuvieron asociados al espacio geográfico que cada una de ellas —las esquinas— ocupa. Aunque la mayoría ha cogido la vereda de referencias menos románticas para dar una dirección, persisten quienes no dejaron el camino de la vieja nomenclatura caraqueña, y todavía pueden decir que de La Cruz a Candilito hay dos carritos de chicha que vale la pena visitar.

A solo dos cuadras al oeste de Candilito está la esquina de Ánimas, cuya nominación está relacionada, según Teófilo Rodríguez, con “las consejas que circulaban en las postrimerías del siglo XIX” y que aluden a rezos en coro que los vecinos del lugar escuchaban cuando caía la noche (*Caracas, la ciudad que no vuelve*, Guillermo José Schael).

Cuenta la tradición oral que un grupo de jóvenes incrédulos quiso escuchar los cantos y se acercó una noche a la esquina. Comenzaron los sonidos y aparecieron varias figuras envueltas en sábanas blancas. La reacción —de bolas— fue huir de inmediato. Para los más escépticos, eran mujeres haciendo penitencia, una costumbre en la época.

En su libro *Caraqueñerías: crónicas de un amor por Caracas*, Rubén Monasterios asegura que las ánimas eran todo un símbolo de devoción. Los caraqueños rogaban por su descanso y les pedían protección. “Innumerables fueron los testimonios de personas que decían haber sido advertidas de algún peligro por la doliente y larga procesión de figuras sin identidad, todas encapuchadas, vestidas con hábitos de blanco, que pasaban rezando, portando cada una un cirio en la mano”.

El escritor caraqueño cuenta que vivió su niñez a solo tres cuadras de la esquina y que creció con el temor a la procesión de las ánimas. “Algunas noches, muertos de miedo pese a saber que no harían

maldad alguna, oíamos a la distancia el rumor de sus rezos”.

Son las mismas ánimas que en 1813 le habrían salvado la vida a José Antonio Páez, cuando cayó prisionero

del general realista Antonio Puy en Barinas, a cuatrocientos dieciocho kilómetros al suroeste de Caracas. Luego de un disparo, el lugarteniente de Puy, apellidado Correa, dio la voz de “Alto, quién vive”, a la que otra voz, grave, respondió: “¡La América libre, soldados de la muerte!”. Los realistas huyeron aterrorizados hacia San Fernando de Apure, olvidando al grupo de prisioneros en el que estaba Páez (*Autobiografía*, José Antonio Páez).

En la esquina de Ánimas empiezan o terminan, según sea su gusto, las avenidas Norte 9 y Sur 9, que confluyen en la avenida Urdaneta. Desde el centro de la esquina se pueden ver la torre El Universal (suroeste), la Coordinación Nacional de Protección de Víctimas, Testigos y demás Sujetos Procesados (noroeste), la Notaría Pública N° 37 (noreste) y la Unidad de Atención a la Víctima del Ministerio Público (sureste). También, siguiendo la misma secuencia visual, el carrito de Hamburguesas Ñoño, donde venden buenos perros; un quiosco de películas Blu-Ray bien surtido; un Farmatodo con frecuentes colas y una de las aceras altas características de La Candelaria.

Las ánimas de hoy acaso pueden verse en las carátulas de los discos de *The Walking Dead* que venden Miguel y Gabriel al noroeste de la esquina. ■



La canchita de Pedro Camejo

POR GERARDO BLANCO • @GERARDOBLANCO65 • ILUSTRACIÓN ERASMO SÁNCHEZ

Hay un lugar muy especial en Caracas al que siempre acudo cuando la vida apremia. Es una humilde cancha de baloncesto, que en un pasado no tan lejano era el ombligo de mi pequeño mundo y que hoy está herumbrosa, carcomida por el tiempo y el olvido.

Al principio, la cancha no era cancha ni nada, solo un terraplén donde los hermanos Macías hacían acrobacias y practicaban para las carreras de motocross con sus máquinas nuevecitas que rugían con estruendo.

Pero un día, el plan Rotival llegó a Pedro Camejo y se hizo la modernidad, Aparecieron maquinarias de construcción, camiones y un montón de ingenieros del Ministerio de Obras Públicas que construyeron el tramo faltante de la Cota Mil, que unió a Maripérez con San Bernardino, y también dejó un regalo inesperado en la urbanización de bloquecitos para los obreros, construida por el general Pérez Jiménez al norte de la ciudad.

En la improvisada pista de motocross de los Macías surgió un parque infantil con columpios, subibajas, toboganes y pasamanos que entonces nos pareció Disneylandia. Un poco más abajo del reluciente parque de diversiones, los ingenieros construyeron una extraña pista de cemento, cuya utilidad resultaba indescifrable para todos los niños del año setenta y cinco que habíamos allí.

Era una rectángulo de cemento, repleto de líneas y círculos, con sendos tubos que sostenían dos tableros

de metal y una especie de aro por el que debía atravesar una pelota. En Pedro Camejo nadie sabía para que servía semejante instalación hasta que días después de la inauguración del parque, se presentó Francisco “Paco” Diez con un montón de balones y empezó a enseñar el ABC de un nuevo deporte que nos enganchó para siempre.

Paco, era en esos días el coach más prestigioso del país. Después de graduarse con honores en Educación Física en el Pedagógico, había realizado una especialización en baloncesto en Estados Unidos, y a su regreso a Venezuela fue el primer entrenador venezolano que comenzó a jugar con sistemas y movimientos tácticos al iniciarse la novedosa Liga Especial de Baloncesto.

De vez en vez, Paco se presentaba en la canchita de Pedro Camejo con jugadores estrellas de la Liga Especial. Así que un sábado inolvidable nos tocó enfrentar al quinteto de criollos de Guaiquerías de Margarita con el mismísimo “Diablo” Cruz Lairret en acción. Y el alero margariteño nos enseñó su movimiento más emblemático. El truco estaba en recibir de espaldas al aro,



muy cerca de la línea de fondo. Cuando el defensor salía a presionar, había que fintar hacía la derecha y luego girar como un rayo hacia el canasto para dejar la bandeja. El único que pudo aprender esa jugada endemoniada fue nuestro amigo Luis, al que comenzábamos a apodarar “Diablito” en honor a Cruz Lairret.

La cancha de Pedro Camejo sigue en pie, pero pocos recuerdan ya que por allí pasaron las más grandes figuras del floreciente baloncesto nacional de los setenta. Ya no hay un Fermín Pérez Junior narrando los partidos con un megáfono, ni un Paco Diez que forme con devoción a los jugadores. Solo quedan las memorias desvaídas de quienes algunas vez fuimos felices en ese rectángulo de cemento. █



La Ceiba

POR ANA CRISTINA BRACHO • @ANICRISBRACHO
ILUSTRACIÓN ASTRID ARNAUDE • @LOLOENTINTA

Contar una ciudad es una cosa maravillosa y mucho más sabrosa si se piensa en escribir para la gente que la sufre y que la goza. En eso, Epale tiene 10 años dando la talla y moviéndose tanto como lo ha hecho esta urbe. Sintiendo la música, los colores, las vibras e incluso la economía y esa mirada que sabe conjugar la nostalgia con la esperanza.

Así que escribir por sus diez años sólo es un placer menor que leerla. En este contexto, sólo podemos pensar en dedicarle estas líneas a alguna figura que bien merezca el homenaje. La selección es difícil porque cuesta simplificar tanto esta ciudad, punto de llegada y de partida, feliz como solo es feliz el caribe, con su cantaíto que intercala las frases del béisbol con expresiones de las carreras de caballos.



Una ciudad que nos cuesta imaginar cuanto ha cambiado, pero antes se iba a vacacionar a Sabana Grande, Los Caobos era una Hacienda de cacao y los terrenos de la Universidad Central eran sembradíos. Sin embargo, en su esencia, sigue teniendo la misma eterna primavera, la paleta de Cruz

Diez y un sentido del humor que sabe afrontar con dignidad las horas menguadas.

De todos los temas, permítanme que les hable de una de las caraqueñas más importantes, que tiene, como dijo de él Miguel Otero Silva, la desdicha de haberse pasado siglos en una esquina donde tanto se habla y se conspira. Pues sí, entre el Palacio Federal Legislativo, una iglesia y la bolsa, vive, el ser con más paciencia de toda la República; la Ceiba de San Francisco.

Nadie se pone de acuerdo cuando llegó allí exactamente, fue cuidada por una niña hija de un policía, y le sobrevivió a tener un busto de Guzmán Blanco que le pusieron al lado para luego quitarlo. Este árbol ejemplar, nos ha demostrado su valentía pues salvo por las tardes lejanas de la antigua universidad, ha soportado el tiempo entre las oscuridades de la bolsa y las sampableras de las tareas legislativas y allí está, dividiendo dos canales, echando sombra y agarrando altura. █

Ciudad de la enseñanza-aprendizaje, la Ciudad Universitaria de Caracas

POR **MÓNICA MANCERA-PÉREZ** • @MUJER_TAMBOR
ILUSTRACIÓN **JADE MACEDO** • @POUNAMUART

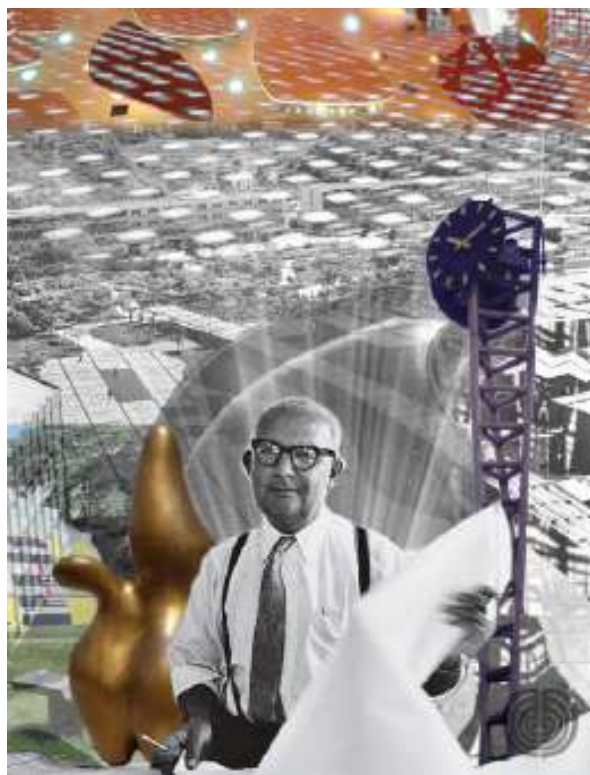
Carlos Raúl Villanueva es luz. Luz propagada en la Ciudad Universitaria de Caracas, claridad que mantiene vigente las palabras del Libertador Simón Bolívar, en su última visita a Venezuela y hospedado en la casona de la Hacienda Ibarra el 10 de enero de 1827: “Yo estoy dispuesto a emplear todo el poder que me está confiado para hacer que este cuerpo (la Universidad Central de Venezuela) ocupe un lugar distinguido entre las universidades del mundo culto”.

Después de 113 años de claustro en el hoy Palacio de las Academias en Caracas, al maestro Villanueva para los años cuarenta del siglo XX, bajo la presidencia de Isaias Medina Angarita, le encomiendan la construcción de la universidad en los terrenos cedidos por el Libertador.

Villanueva emprende la construcción de la ciudad de la enseñanza-aprendizaje. Para ello delineó el lugar donde la luz de cada ser humano brillara en cada rincón, pasillo, jardín, espacios abiertos, para que el espíritu de cada cual fuera acogido en su ideado espacio interior, porque éste vive “únicamente bajo los efectos de la luz, que le da a su propia atmósfera su ordenamiento, hace que viva y exista”.

Esa luz de la que habla Villanueva es en sus palabras para que el “espacio se realice y nos impresione”. El espacio se conoce porque algo se mueve. El arquitecto para expresarse dispone de ciertas formas, como el escritor de frases. Los músicos utilizan ciertas leyes para componer, ordenar, utilizar ritmos para crear melodías y sinfonías: el arquitecto para actuar dispone de leyes muy parecidas. Las emociones que producen los sonidos en nuestra mente son, en efecto, muy parecidas a las logradas por los arquitectos con líneas, luz, colores y volúmenes.

Y tras 15 años de construcción de la “casa que vence la sombra con su lumbre de fiel claridad”, en cada paso por esta ciudad de la enseñanza-aprendizaje, Villanueva logró incentivar con cada espacio cultivar la creatividad, la investigación en cada ucevista. ▀



Biblioteca Nacional: un espacio con millones de letras

POR **ENGELS MARCANO** • @DISCREAENGMAR@GMAIL.COM
FOTOGRAFÍA **MICHAEL MATA** • @REALMONTA



En el mundo de palabras y millones de letras encontramos aventuras, experiencias y sobre todo enseñanzas. Una forma de tener un encuentro con estos ambientes lo tenemos en la Biblioteca Nacional, un hermoso espacio gigante, con una arquitectura impresionante, lleno de misterio, y ese olor característico a papel. Es inevitable para mí ir hasta allí y no imaginar cómo era en sus inicios en aquel siglo, imaginar a todas esas personas transcribiendo a mano, ordenando estantes de alturas exorbitantes, que con el paso de los años obviamente fueron cambiando.

De igual forma recordar la historia con ayuda de los textos literarios, de cómo fue su organización, formación y elaboración, sin olvidar que, fueron años donde Venezuela dependía de la tiranía española, entonces, imaginar cuantos años, meses, días y horas invirtieron es increíblemente satisfactorio. Asimismo, habría que agradecer a Juan Germán Roscio, quien en 1810, fue el precursor de la idea de crear una biblioteca pública para que se difundieran los ideales de los movimientos independentistas que tenían algunas patriotas, con la ilusión también de que se llegara a todo el pueblo. Cuatro años más tarde es nuestro libertador Simón Bolívar, quien dio instrucciones precisas para la creación de este espacio, que mantendría colecciones de materiales olvidados en despachos y oficinas gubernamentales, de obras que pertenecieron a los exiliados realistas, aquellos libros con información lúgubre, prohibidos por la inquisición.

Luego casi dos décadas después, con la presidencia de José Antonio Páez, Antonio Guzmán decreto en julio de 1833 la creación final de esta biblioteca, junto con la formación de otras bibliotecas en el interior de Venezuela, estos textos y archivos eran en su mayoría extinguidos, provenientes de conventos y colecciones de universidades. Actualmente la misma cuenta con estos tomos, algunos expuestos al público y otros privados, difícilmente son las personas que se interesan por estos archivos.

Hay que recordar que este centro de información, nos proporciona como usuarios todo tipo de conocimiento e información. Son una fuente permanente de apoyo para la educación integral, para adquirir mayor y mejor conocimiento a todos los sectores de la población. Ser parte de todo este ambiente, nos abre las puertas de desarrollar lo que somos y queremos ser, los invito a hacer vida en este espacio mágico de millones de letras. ▀



Entonces, una revista

POR **GUSTAVO MÉRIDA** • @GUSMERIDA1
FOTOGRAFÍAS **JAVIER CAMPOS**

No había puerta peatonal entre el edificio Gradillas "A", al lado de la Plaza Bolívar, donde está hoy la redacción de *ÉpaleCCS*, y el Gradillas "C", donde estaba entonces. En uno de los tantos pasajes antojadizos que tiene esta ciudad, como vericuetos de virtudes y vergüenzas en tiempos de que sí, pero no, estaba la santamaría virgen y vieja allí, frente a Fogade. Entre ocho y diez años, en algunas circunstancias, se calcula el detenimiento del tiempo, en estos tiempos sin pandemia, y en algunos espacios, públicos y privados. Pero como con los peros, o sin ellos, y los tiempos en 2022, casi sin darnos cuenta, casi que sin tocarnos, pasaron diez años.



Entonces, no había puerta peatonal, y teníamos que salir, luego del cierre, tarde, en la noche, por arriba; justo a la mitad del camino entre Madrices a Torre. Una vez allí, esperar hasta que Columbo abriera la puerta y decidir si era mejor irnos por San Jacinto o por Gradillas, para llegar a Ciudad Caracas, así completo, porque la gente de Calderas, en el estado Barinas, tierra de Orlando Araujo, le dice a esta redacción "ce-ce-ese", así, a secas. CCS. A esta redacción, que está junto a aquella, la de esta revista, también ferida y celebrada. Una década. ¡Una guará!

Una tarde, en una de estas edificaciones de más de cien años... ya va, antier, sin espantos, un zamuro zamureaba cerquita de Fogade. Caminaba como caminan todos los zamuros, pero este lo hacía como si estuviese lloviendo y no se quiere mojar y rozaba los tubos que demarcan por donde pasan

los carros y que más abajito, frente a la plaza El Venezolano, la del reloj de sol y del faluco, algunos de esos tubos ya no están y empezaron a arreglar la calle pero algo pasó, porque no siguieron. Lo que está, digamos el tuturito que queda, pudiera, digo yo, solo pudiera, dañarle el pie a una de las personas de la "tercera edad", que baila en la plaza San Jacinto. O al mismo zamuro.

Entonces, en el alféizar de una ventana de vidrio roto de un edificio de esos, o de estos que están por aquí, estaba la ardillita. Era una ardilla común y corriente de

esas que abundan en la plaza. Marrona ella, dirían por allá.

A veces, le dábamos arepa o pan. Escalaba esa pared con absoluta seguridad. En eso estaba, cuando escuchamos un

golpe seco, vimos las plumas, escuchamos el aletear, lo vimos levantar vuelo con dificultad, y en las garras del gavilán iba la ardilla. Se posó en un dintel de otro edificio y empezó a comer.

Entonces escuchamos, vimos, repetimos, repasamos, repensamos y nos asomamos. Y ya pasaron diez años. El cinco de marzo del año que viene, pasará igual. Y así.

Pero hicimos un álbum de Chávez. Y cuando estaba listo el PDF, imprimíamos; luego de imprimida completa, la mirábamos, a color, y a la imprenta, y, ¿qué tal quedó la portada?, que era votada, y que ustedes miraban, y buscaban, haciendo una

cola. Algunas personas hacían la cola dos veces pero Juan lo miraba fijamente: "Tú ya tienes una", "pero es para mi suegra", "es uno por persona", "haz la cola"; en las gradillas, una vez, un policía municipal, de este municipio, me dijo que no podía estar ahí repartiendo periódicos.

Toda esa gente pensionada a los cincuenta y cinco o a los sesenta (y de ahí siga sumando) que nos buscaba y nos leía, a la que le escribíamos, no nos está leyendo, porque no se imprime desde diciembre. Toda esa gente de "Amor Mayor", por ejemplo, no nos lee, porque es gente que lee en papel periódico (antes era diario, después semanario, después los tiempos, los espantos, los zamuros, los gavilanes y las ardillas); es como detenerse en algún entretiempp, hablarle a una lucecita que alumbra yendo y viniendo, sin lucecita.

Hoy hay una puerta peatonal, pero no se usa. ▀



Disfrutar en Caracas

POR **ROCÍO NAVARRO AMARO** • LAMUSICA.FLAUTA@GMAIL.COM
FOTOGRAFÍAS **MICHAEL MATA** • @REALMONTO

Lo que habita mi memoria son los lugares donde he sido feliz y me mueve los sabores, los olores, el sonido, la música y así, el itinerario comienza con las comidas.

De donde vengo que es el 23 de enero, recuerdo el kiosco Mérida donde vendían unas arepas rellenas sin abrir, o sean eran cocidas ya rellenas. Impresionantes y divinas. En el mercado de Catia adentro, había un kiosco que tenía unos sándwiches de perrito supremos: me hacen recordar a mi mamá que le gustaba a veces desayunar allí, al igual que los pastelitos o empanadas triangulares, de carne molida aderezadas con canela o de acelga, de los libaneses en la calle Colombia, El Arabito original. Ahh, y el restaurant Rosalinda fue durante muchos años el mejor restaurant de comida árabe de Caracas. Por allá en el bulevar de la avenida España había un señor que vendía majarete, en platos de plástico, que cuando te lo daba, era lisito como nalga infantil.

En el centro, por la esquina de Veroes o más abajo, en la avenida Urdaneta, recuerdo que había un chichero que vendían una chicha con ajonjolí tostado que era de un rico monumental. Recuerdo el pan de la panadería Cristal, pan sobado. Quedaba frente al liceo Fermín Toro. Demasiado bueno. Y si hablamos de parrillas de plástico: en la avenida Baralt arriba, había una venta de parrilla muy buena, muy aseada y ordenada y la otra era por Santa Rosalía y vendían unos jugos “compotosos”, que el dueño era un chico “buenas tardes”. Recuerdo las arepas de cangrejo en la esquina frente a lo que fue RCTV, los sábados en la mañana

P'al este: Inolvidables las reinas pepiadas de El Granjero del Este; el chupín de camarón de El Tizón en Bello Campo; la pisca andina

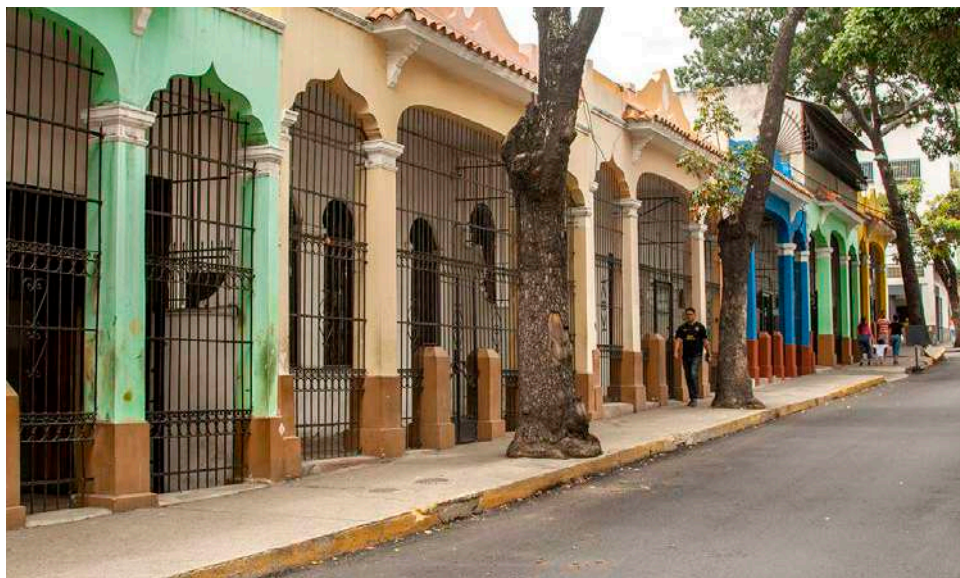
de El Andinito en Campo Alegre; el pollo con ajonjolí y miel de El Palmar, toda la comida del restaurante de La Gorda en El Hatillo, que aún está. Sublime todo.

Y si hablamos de dulces les cuento: recuerdo las tortas de la pastelería Williams en El Paraíso; las palmeras de mantequilla de la Tutti Deli inicial; el *pie* de manzana de la Danubio pero de hace quince años; la milhojas de la Tívoli en la Libertador; las colas de langosta de la Doris en La Carlota; las acemitas tocuyanas que vendían en la Torre Norte de El Silencio y los batidos cremosos que hacía el famoso “Chino” de una fuente de soda que aún tenía el mobiliario plateado, cromado, intacto de los años cincuenta en el sótano de la Torre Sur de El Silencio; las polvorosas de La Flor y Nata.

¿Cervezas? Jajaja. “La Cervezada” de los estadios de la UCV, las de las calle Mauri en Catia. Cerca de la avenida Sucre, la de los restaurantes chinos que siempre están frías y las que nos tomamos en el Mirador de San Román y así.

Y el café no puede faltar: había un café-billar en la avenida Presidente Medina que se llamaba Nico (no sé si aún existe) y que vendía un excelente café. Marrón fuerte y cremoso el de la esquina de mi casa que son unos portugueses aunque quien hacía el café era un venezolano y hoy día, el mejor café lo hace el señor Gregorio, en la sede de *Épale* en la planta baja.

¡Felicidades *Épale*! ▀



La ola del Waraira Repano

POR **NATHALI GÓMEZ** • @LAESPERGESIA
FOTOGRAFÍA **ALEXIS DENIZ** • @DENIZFOTOGRAFIA



Es posible que haya unanimidad al considerar que la máxima representación de Caracas es el Ávila o el Waraira Repano, como sería más justo llamarlo por esa denominación de origen Caribe que podría significar “la ola que vino de lejos” o “la mar hecha tierra”. Su nombre serpentea en el oleaje de nuestra identidad y retumba contra la piedra de la memoria.

La vastedad de la cadena montañosa, perteneciente a la cordillera de la costa, hace imposible abarcarla, incluso con la mirada. Por ello, quienes vivimos en la capital tratamos de estrechar la relación con el cerro y terminamos escogiendo el lugar más habitual y recorrido, como una pequeña representación del todo.

Quienes vivimos cerca de San Bernardino hemos establecido una conexión fuerte e inexplicable con el sector Gamboa, que queda a la altura de la avenida Boyacá, conocida como la Cota Mil. Su entrada, boscosa, oscura y húmeda, es una forma inversa de nacimiento que nos lleva kilómetros arriba, donde ocurre un segundo alumbramiento cada vez.

La cuesta que lleva al Cortafuego, a la Cruz del Ávila, a Papelón, o incluso al Humboldt, suele parecer más empinada para quienes llegamos ahí tratando de escapar de la ciudad y de nosotros. Allí se abre un espacio, sin lugar ni tiempo, bajo las hojas de los árboles y con el canto de los pájaros de fondo. Todos los que subimos por la calzada llegamos buscando algo nuevo cada día.

El esfuerzo, para los que no somos atletas, es recompensado por la llegada y el descanso en el lugar donde nos detenemos a mirar toda esa ciudad minúscula que queda atrás, sabiendo que en poco tiempo volveremos a ella. La sensación de bienestar en ese punto es finita pero duradera.

Más allá de lo anecdótico, y sin tener ningún respaldo científico, podría decir que recorrer la montaña es una de las mejores maneras de liberarse de eso que pesa como cemento en la ciudad y que flota y se pierde en el Waraira. A veces hay que dejar que la “ola que vino de lejos” nos revuelque. ▀



Del Silencio pa' la Silsa por El 23

LA ESENCIA DEL CARAQUEÑO
Y EL COMPLEJO HISTÓRICO QUE LO RODEA SON PARTE
DEL PAISAJE DE ESTA RUTA

POR **NATCHAIEVING MÉNDEZ** • @NATCHAIEVING
FOTOGRAFÍA **MICHAEL MATA** • @REALMONTA

Llegar a La Silsa desde El Silencio pasando por el 23 de Enero, para mí es recorrer la belleza caraqueña en su máxima expresión. Es posible que algún lector difiera de mi afirmación pues maneja un concepto de belleza diferente al mío, sin embargo, me tomo el atrevimiento de justificar mi argumento partiendo de la definición que hace el Diccionario de la Real Academia Española sobre el adjetivo belleza: "...que, por la perfección de sus formas, complace a la vista o al oído y, por extensión al espíritu", esto ocurre en mi cuando hago este trayecto.



Inicio mi recorrido desde la plaza O'Leary, un espacio en el que la luz que se filtra entre los bloques ideados por Carlos Raúl Villanueva en la primera mitad del siglo XX, hace que la mañana tenga un aire nostálgico y bucólico; a pleno mediodía un centro de movimiento continuo y al final de la tarde tenga las tonalidades sepia que dan fe una ciudad cansada. Las dos torres imponentes del Centro Simón Bolívar dejan colar los rayos solares que vienen del Waraira Repano, montaña testigo de la furia caraqueña. *Las Toninas* de Fran-

cisco Narváez, asomadas en la fuente, parecieran cambiar su expresión mientras las agujas del reloj giran hacia la derecha hasta culminar su vereda circular.

Me monto en la camioneta Zona E - Mirador, y para ingresar al combativo 23 de Enero entramos por El Calvario. ¿Cuántas historias, conversaciones, palabras, amores, desamores, proyectos, penas o alegrías esconderán cada uno de los noventa escalones que por la noche ahora se pintan con el tricolor nacional?

El transporte sigue por el túnel que atraviesa El Calvario y llega a Caño Amarillo, rozando a un lado restos de los testigos de finales del siglo XIX: lo que fue el terminal del ferrocarril Caracas-La Guaira, la villa Santa Inés y lo que en algún momento tuvo el fluente de agua en el que los viajeros saciaban su sed, luego del trayecto.

Acompañada generalmente de buena salsa, atravesamos los intimidantes edificios del 23 de Enero, símbolos de

una Venezuela indómita. Personas reunidas, algunas disfrutando de una fiesta espontánea, otras jugando bolas criollas o fútbol; comiendo en algún local o puesto improvisado; reparando los carros, en fin, en acciones diferentes pero con la expresión en común de quienes se declararon en la rebeldía contra los estereotipos de estándares de vida y decidieron ser felices desde la sencillez, pese a cualquier circunstancia.

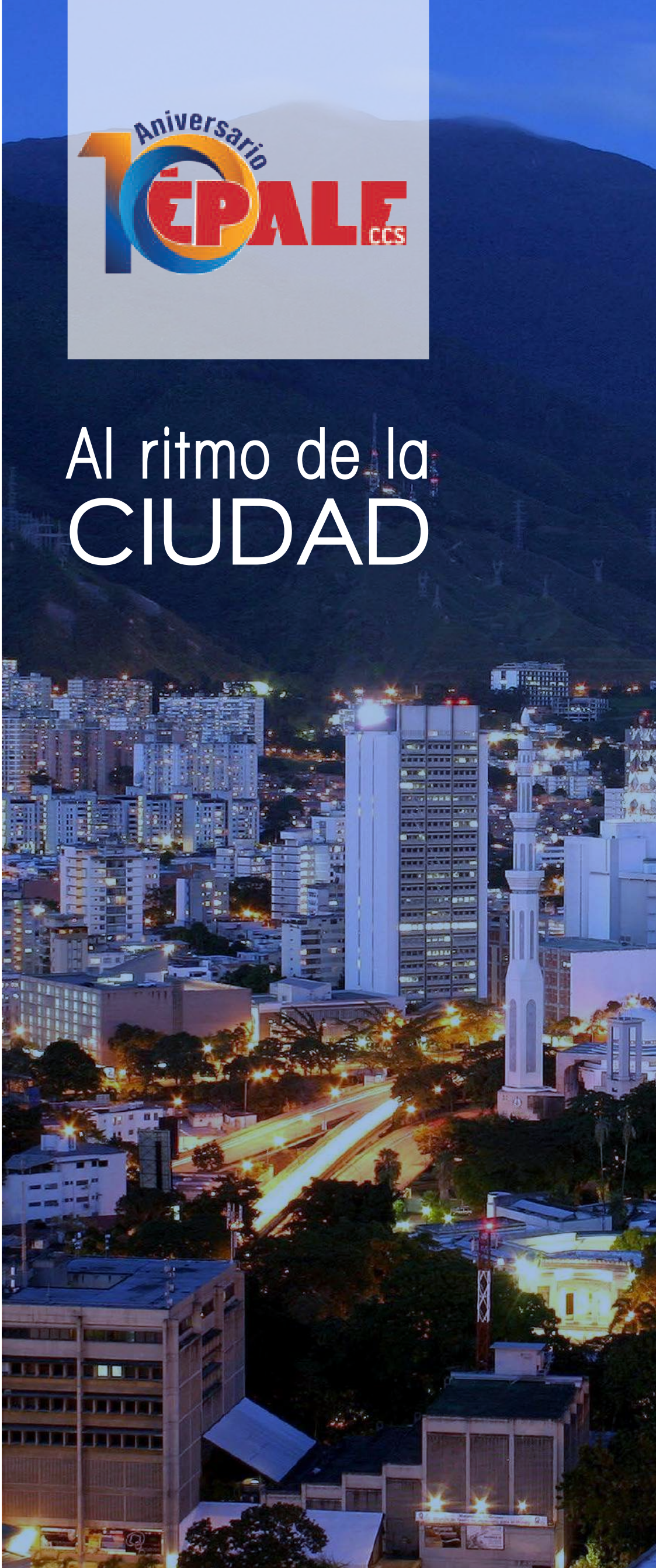
Llego a La Silsa, bloques que luego de la caída de Marcos Pérez Jiménez fueron inaugurados, y con el tiempo asumieron el nombre de una fábrica lechera ubicada en el lugar. Se asoma allí la avenida Morán y al lado contrario el camino hacia Catia y Propatria.

Los perros y los gatos comunitarios conviven sin recato en los edificios. Las risas de los niños y los jóvenes concentrados en patear o elevar el balón son parte del sonido cotidiano. El cielo caraqueño se cubre con mantos negros de la noche, y dan pie a cientos de lucecitas que hacen que el cerro cuya cima sostiene los bloques de Casalta, parezca un nacimiento en pleno diciembre. Cada luz una historia, y una de ellas se enciende para escribir este relato. ▀





Al ritmo de la CIUDAD



2012 - 2022